



MERCADO DE ARGÜELLES. MADRID

Adiós, juventud

MARÍA DEL PILAR ÁLVAREZ POLO

A las 12 de la noche el perro del quinto dejó de ladrar. La pelea había acabado. Eso de vivir en un cuarto y escuchar las disputas del piso de arriba era algo que Raquel odiaba. A las 7 de la mañana se despertaba todas las días para estar arreglada y lista para ir a la escuela, a esa que le mandaba su madre y se encontraba cerca de la Plaza de Manuel Becerra. Era una chica con mirada de ensueño, de perfil griego y de línea fina y divina para la edad que tenía. Sus quince años estaban muy bien llevados y era digna de deseo por todos sus compañeros de clase. En verano, con las temperaturas altas, una se podía destapar un poco y hacer guiños a la vida, que para eso la naturaleza nos reserva el derecho de vestirnos y desvestirnos. El mes de junio se encontraba en su apogeo. La primavera, algo molesta en ese año de 1985, había sido demasiado calurosa, un prolegómeno de lo que se nos iba a venir encima. El 6 de junio Raquel no iba a ir al colegio. Abstraída y pensativa, no tomó el camino habitual, y con el sueño de la mañana caminaba por la calle Alcalá de Madrid con su cuaderno, sus libros y su merienda en la mochila. De uniforme odiado e insultado, se veía a una niña caminando en un día caluroso de verano, triste y desértico. Se cruzaba con todo y la mayoría de los comercios le parecían nuevos, de estilo contemporáneo, ya que no era lo mismo ir en el coche de su padre, en ese Dos Caballos amarillo, que sola y dueña de sus pasos. A paso ligero, meditaba en sus cosas, en ese chico de ojos claros de clase del cual estaba enamorada, de lo ridículo que se había comportado su hermano en su propio cumpleaños, del carácter que tenía su madre en ocasiones, de su padre, de su adorado padre, al cual quería por encima de todo, producto y figura de la paternidad bondadosa y derrochadora de cariño hacía su familia. Pero ella seguía, en sus cosas, en su timidez y ensimismamiento en las cosas cotidianas, en su entorno, que era su vida al fin y al cabo. Lejos de su casa, o a una distancia relativa, cruzó la Plaza de la Independencia y siguió bajando por la larga calle de Alcalá. En

la Plaza de Cibeles, pasadas las 9, se paró, se recogió el pelo y siguió por la Gran Vía, la calle de los cines y los jaleos, que a ella no le gustaba el ruido ni que la molestasen. El Banco de España le llamó la atención. Edificio antiguo, ilustre, cargado de sentimiento, era un buen momento para parar y tomarse un respiro. Sentada en las escaleras del metro, cogió su bocadillo y empezó a comer. Sus compañeros estarían ahora en plena clase de matemáticas haciendo los problemas y estudiando los primeros pasos de algo llamado trigonometría. En la clase, formada por 25 alumnos, su mejor amiga había notado su ausencia y se preguntaba que le habría ocurrido, dónde estaría y por qué no le habría avisado por teléfono de que no iba a venir. Era martes y ayer habían estado hablando de repasar los ejercicios juntas, como lo habían hecho el resto del año. Marta no estaba de humor. No le habían salido los problemas como ella pensaba y en la mitad falló. Le iba a decir tres cosas a su mejor amiga, que por qué no había avisado de que no iba a venir con la solución de los problemas para que ella los pudiese comprobar. El recreo llegó como siempre a su hora, con el sol en lo alto y dando guerra.

Al lado de la Cibeles, Raquel miraba a su alrededor. Los coches pasaban, los trabajadores caminaban a su lado y algunos de ellos la miraban con interés. Bella de cara, empezaba a coger color. Después del bocadillo, bebió de su zumo de naranja y se levantó para emprender el camino y seguir subiendo por la calle, que ahora se tornaba cuesta arriba. Un joven vestido a la moda, con vaqueros y polo de verano, le saludó desde la otra esquina. Raquel no le conocía, pero se lo devolvió y esperó a que éste cruzase el semáforo para ver que deseaba. Lo primero que le preguntó es que hacía aquí, fuera del colegio, pero de forma simpática, con intención de agradar. Raquel, tímida, le observaba con atención y con ganas, ya que quería hablar con alguien.

–Estoy de paseo y no he ido a la escuela. En vez de ir, decidí dar una vuelta y me he venido andando– le contestó.

El joven aparentaba tres años mayor con ella, de unos 18 para 19 y era guapo y simpático, por lo que estaba a la espera de ver cómo reaccionaba.

–Ya veo. ¡Así que nos has ido a la escuela!– le dijo con gracia.

–Bueno, la verdad es que pensaba volver por la tarde y decir que había estado enferma por la mañana. Hoy no me apetecía. Siempre es la misma rutina de clases, las mismas cosas, los mismos profesores...; estaba algo cansada.

–Yo ya estoy en COU y voy a un instituto de Atocha, pero hoy no quería ir. Me queda poco para acceder a la universidad y tengo todo aprobado. Estoy preparando la selectividad que este año se ha retrasado por las huelgas de estudiantes que ha habido y nos la han pasado a la semana que viene. Estoy cansado y me he venido por aquí. ¿Te apetece dar una vuelta?– Era mediodía y Raquel no tenía nada que hacer. Lo novedoso le gustaba y no iba a decir que no; se sentía segura, a gusto, era un chico mayor y eso le agradaba.

–Vale, pero ¿a dónde vamos?– quería escaparse de la rutina, viajar, estar tranquila y pasar el rato.

–Bueno, conozco un par de sitios para tomarnos algo y comer. Además, mis amigos viven por Argüelles y he quedado con ellos por la tarde. Si quieres y no tienes mejores cosas que hacer, te podrías venir y tomarnos unas cervezas...

Esto último lo dijo con reserva. Ella no tenía pinta de beber, ni de fumar, pero parecía una persona muy madura a juzgar por su mirada y por la forma de hablar.

–Sé lo que piensas y prefiero responder con tiempo a que te llesves la sorpresa más tarde. No he bebido en mi vida, pero espero que no te importe y apenas suelo salir. En casa no me dejan y me consideran demasiado pequeña para ello, pero bueno, esa es una de las razones por las que en estos momentos me gustaría tener tu edad y poder disfrutar de libertad e independencia.



–Ja, Ja..., eres divertida. Hablas como una persona adulta. No te he dicho ni mi nombre. Me llamo Javier, Javier García.

–Yo soy Raquel, Raquel Álvarez.

–¿Dónde vives? ¿por qué zona?– Javier estaba deseoso de hablar con ella. Los trabajos y actividades de mañana podrían esperar. Tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar de la tarde y de enseñarle a su nueva amiga algunos sitios de su barrio, a sus amigos, el Mercado de Abastos situado en la calle Altamirano, así como el Parque del Oeste o el teleférico.

–Vivo cerca de la Plaza de Manuel Becerra, con mis padres y mi hermano. He venido hasta aquí andando. Me apetecía darme una vuelta por Madrid. No es lo mismo ir andando que en coche, ¿sabes?

Los dos se estaban entendiendo. A Javier le había llamado la atención ver a una chica con uniforme escolar fuera del colegio y al lado del Banco de España, y a ella a un joven alto y bien parecido que le ofrecía su mejor cara y amistad. Decidieron seguir el mismo camino. Los dos iban despacio, sin prisa, pero cerca, con confianza y sin nada que esconder. La Gran Vía les esperaba y subieron la cuesta. De pasada, observaron la puerta del “Chicote”, bar de años y de historias pasadas, de esas que se contaban después de la Guerra Civil, las de los buenos y malos tiempos y las de la farándula, esas que esperaban a las artistas y las que hacían por primera vez su Madrid. Siempre se dijo que las chicas de provincias, las que no tenían vergüenza, iban allí y se exhibían. Javier era joven lector de libros, pero no sólo de los clásicos de la literatura universal, ya que prefería a los autores españoles, como Pío Baroja, Miguel de Unamuno o Ramón María del Valle Inclán.

–Sabes, ahora puede que te interesen poco los libros. Bueno, no quería decir que no te agrade leer, sólo que es muy posible que te cueste hacerlo en el colegio, pero puedes aprender muchas cosas de tu barrio, de tu ciudad gracias a los grandes novelistas de la época. Hace poco leí una novela divertida de Pío Baroja llamada “Los últimos románticos”. Era una historia de un personaje extranjero que le pasan muchas cosas durante su estancia en Madrid, pero se describe muy bien como era o fue el Parque del Buen Retiro. Sabes, antes la gente se iba a la sierra a pasar el verano o paseaba por allí sin prisa y, los que tenían más dinero, pues bueno, preferían irse a la costa o a San Sebastián, que era lo que se llevaba. Eso de ir a la Playa de la Concha gustaba más y eran las vacaciones deseadas por muchos–. Raquel le miraba de reojo, pero muy interesada en la conversación. De andar tímido, se encontraba interesada en los escaparates de la Gran Vía y en la conversación que le daba el joven.

–Tú parece que has leído muchos libros. Esa es la sensación que das, ¿no te parece?–, le dijo a Javier.

–Sí, la verdad es que he leído algo, aunque creo que debería haber invertido más tiempo en los estudios, creo que debería aprovecharlo más, pero ¡qué narices! ¡un día es un día!, ¿no crees?

–Desde luego– contestó divertida Raquel.

Era la década de los ochenta y la movida musical del barrio de Manuela de Malasaña era lo que se llevaba. Eso de bailar hasta las tantas, escuchar a Derribos Arias o a Posch y beber y conocer a gente, era el pan de cada día. Javier y Raquel eran pequeños todavía, y en el sentir del primero, todavía no entendía porque su padre no le dejaba salir todos los fines de semana de parranda. Las drogas, pocas por aquél entonces, eras escasas y los jóvenes preferían otros vicios o se limitaban a unos simples “porros”, pero no de forma tan generalizada como ahora. Las “de diseño” parecían escondidas y sólo eran requeridas por unos pocos. Antonio Resines, “Verano Azul” y un joven Pedro Almodóvar se empezaban a abrir paso. Por su parte, nuestra pareja se abría camino y llegó a la Plaza de Santo Domingo, aunque bajaron un poco para poder





tomar asiento en la Plaza de las Descalzas, al lado del Caja Madrid, para descansar. Eran casi las dos de la tarde y tenían hambre y hacía calor.

–¿Cómo va el viaje?– preguntó Javier, que era más decidido.

–La verdad es que me siento libre, feliz, contenta de darme un paseo y poder pensar en mis cosas. ¿Adónde me vas a llevar o es acaso secreto?–. Raquel miró los ojos de Javier con deseo. La madurez y la edad más adulta de éste se imponían a sus amoríos de adolescente con los chicos del barrio.

–Buena pregunta. Sólo quiero que pases el día conmigo. Sé que a las seis y media tienes que estar en tu casa y que tus padres, si es que la secretaria del colegio ha llamado a tu casa, te van a echar un bronca por tu ausencia. Me imagino, por otro lado, que te preguntarán qué has hecho, dónde has estado, con quién andabas y, si te soy sincero y mira que apenas te conozco, me has gustado y deseo intimar contigo– Raquel se sentía alagada. Le miraba a los ojos con atención, esos ojos claros verdosos parecidos a los del sitio de verano que solía ir junto a sus padres cerca de Castellón.

La playa, los paseos de principio a fin, una mirada perdida al horizonte cuando el sol se esconde, un libro de Salgari de compañero y una responsabilidad sobre su hermano menor en todo momento. La vida de Raquel en los veranos era sencilla, pero la noche llamaba a su puerta y le gustaba de vez en cuando anticiparse a los años venideros. Probar y conocer eran sus virtudes. De mirada inteligente, enamoraba a los chicos de su edad. Las groserías dejaban paso a las miradas en silencio y de admiración. Sus sueños eran los de joven adolescente, de mirada dulce y sentimientos nobles. Pero ahora pensaba poco y escuchaba las frases de su amigo. La seguridad de éste le transmitía confianza.

–Parece que estás en todo, ¿no es así?– A Raquel le sorprendía que Javier conociese los posibles hechos que tenían que ocurrir por la tarde y a la hora que ella debía llegar a casa para no tener problema con sus padres, los cuales, lo más probable, no serían avisados hasta las cuatro de la tarde de su ausencia por la secretaria del colegio. No estaba inquieta.

–Sólo hay que pensar un poco. ¿No tienes hambre? Me muero por comer algo, ¿tú no? Esto de andar le hace a uno querer llenarse la tripa.

–La verdad es que sí. ¿Sabes de algún sitio cerca de aquí?

–Claro, la tasca de Paco – respondió con energía Javier.

Bajaron por la calle Hileras hasta el principio y, en la esquina con Arenal, se encontraba la tasca de Paco. Éste tenía un gran restaurante de productos asturianos, pero dejaba una pequeña barra para los bocadillos y las cosas ligeras. A Paco se le conocía por “El tendero”, ya que eso de estar vendiendo ropa y productos de su tierra en los principales mercados de abastos, sobre todo en el de Argüelles, le había costado un mote cariñoso. Era un mercader innato, de bigotes largos y de mirada afable, al que le gustaba y se jactaba de comer bien, de predicar buenas palabras acerca de los negocios que tenía, que eran bastante y de buenas rentas.

–Pero cómo se encuentra mi estudiante a día de hoy. ¡La hostia! si pareces un marqués, joder. ¿Cómo están tu padre y tu madre?–. Raquel se quedó atónita ante las nuestras de simpatía.

–Pues ya ves, que estoy de paseo y por el camino he conocido a esta chica de mirada dulce–. Javier se giró y miró a Raquel con deseo. Paco le tendió la mano a la joven y la examinó con ganas.

–¡Vaya, hijo! ¡Vosotros sí que sabéis! Los jóvenes de hoy en día no perdéis el tiempo en casi nada. Porque tú sabes mucho y ya conoces lo que se dice: “te casaste y la cagaste”. Mírame a mí, con mujer a los 18 años de edad y con seis hijos, tres de ellos buenos y los otros tres malos. ¡Qué le voy a hacer yo! Los años no perdonan. Escuchadme los dos, cuando vine a Madrid tenía 15 años, sin estudios y de padre ajetreado. Ahora disfruté de mis negocios, pero me gustaría haber estudiado como vosotros lo estáis haciendo. Hoy invita la casa “niños”–. Paco los miraba con ternura y atención dispuesto a todo. Los padres de Javier y de “El tendero” se conocían de años, de la Guerra Civil y estuvieron en el penal juntos. Ahora eran hombres

mayores, cargados de vida y de ganas de darles lo mejor a sus hijos.

–Estoy estudiando para la selectividad, ese dichoso examen. Me he pasado por Cibeles y me he encontrado a esta dama, que está de paseo – Raquel sonrió.

–Ya veo hijo, ya veo, el resto espero que me lo cuentes otro día, otro de esos que tengas libre y decidas venir a verme. Pero cuéntame, ¿cómo se encuentra tu padre? ¿pasó la operación?

–Sí, la pasó. Está en casa. La espalda le dolía mucho y apenas dormía, pero ya se encuentra mejor.

–Bueno, bueno, eso es que va. Decirme, ¿qué es lo que queréis para tomar? Os puedo recomendar un pulpo a la gallega, unos chipirones y una tortilla a la paisana, ¿os hace?

–Sí– contestó Raquel.

–Claro, con eso nos vale, que estamos hambrientos.

–¿Y adónde vais después? ¿al cine quizás?– Paco estaba interesado en los dos mientras daba órdenes en la cocina.

–Quiero que vea el Parque del Oeste y acercarnos, si nos da tiempo, al Mercado de Argüelles.

–¡Vaya por Dios! ¡qué casualidad! Bueno, que sepáis que tengo una tienda de productos asturianos ...

–Lo sabemos y deseaba comprarle algo a Raquel para que lo lleve a casa, que le va a caer un puro.

Y llegó el pulpo, los chipirones, las cocacolas, el buen pan y la tortilla a la paisana. Los dos comieron con ganas y prisa, ya que el tiempo se iba y no les quedaba mucho para estar juntos. Ambos se despidieron de Paco y se marcharon de nuevo a la calle, en busca de su paseo y su intimidad. Bajaron la Gran Vía y llegaron a la Plaza de España. De largo pasaron por la estatua de Don Quijote y Sancho Panza y se dieron cuenta de que eran las 4 de la tarde. Javier se detuvo y preguntó a Raquel si quería ir a Argüelles. El tiempo se le echaba encima y lo más peligroso era para ella. Raquel reconoció que lo mejor era quedarse por la zona. Desde allí podría volver antes a su casa. Se sentaron en un banco y se miraron. De alguna manera sabían que era un día especial y, que de alguna manera u otra, tenía que acabar con un desenlace.

–Te han besado alguna vez – interrogó Javier.

–Sí, dos veces, sólo dos.

–Sabes, es un buen día y no esperaba que pudiese empezar así. No te conocía de nada y aquí estamos los dos compartiéndolo todo.

–Así parece que son las cosas. En una hora me voy a tener que marchar.

–Lo sé y me molesta, pero es lo lógico. ¿Qué es lo que deseas hacer?– Javier estaba interesado en conocer lo más profundo de Raquel.

–No lo sé, me gusta soñar y relajarme. Pasar las horas mirando como anochece en verano y ver como nieva en invierno. No tengo grandes expectativas y no pienso demasiado en que podría hacer en el futuro. Eso no es de mi edad, es posterior.

–Yo sí lo tengo claro. Quiero estudiar Filología y me gustaría ser profesor en un instituto. Los libros, la tranquilidad de una biblioteca y conocer mundo en vacaciones. Claro, ahora soy muy joven, pero quién sabe. Eso de escribir sería lo mío, o al menos, eso es lo que creo.

–Parece que lo tienes claro. Me gusta tu seguridad.

Los dos se besaron. No iba a ver continuidad en la relación. A pesar de las edades, los dos sabían que lo bueno siempre tiene un final y no valía la pena insistir. Por la cabeza de Raquel le pasaban algunos recuerdos de su infancia y sólo quería llegar a casa.





Javier acudió al entierro de Raquel años más tarde. Habían pasado quince años desde que la habían conocido y el estaba destinado en un instituto público en Murcia, como profesor de Lengua y Literatura. Cuando la dejó en la Plaza de España tenía una visión y sabía que ella pertenecía a otro mundo, como algo inalcanzable para sus aspiraciones. Las vueltas que da la vida, pensaba Javier. Éste no conocía a nadie de los presentes en el entierro, ni a sus familiares ni a los amigos de Raquel. Un beso fue la mejor sensación que tuvo de ella en ese día. Para Javier la vida no había sido un camino de rosas. Sacar la oposición le costó lo suyo, pero lo consiguió y pasó la selectividad con creces antes de decidir los estudios superiores. Pero de eso nada se podía imaginar Raquel. El espíritu de ella vagaba por su mente; esa falda de colegio, esa sonrisa adolescente y esa inocente mirada formaba parte también de historias, recuerdos, imágenes y memorias pasadas.

Como mejor disfrutaba Raquel era al sol, al lado de la orilla, cuando tenía 18 años y se la veía paseando por Castellón. De trabajo por la noche y de exámenes de septiembre, ella disfrutaba de sus días en su retiro al lado de su familia. Su sonrisa expresaba tranquilidad y el sol le transmitía belleza verano tras verano. Hasta que uno de ellos fue el último de su vida, pero eso pertenece a otra historia y el silencio exige respeto, ya que éste, que es muy dichoso en ocasiones y ambicioso, debe ser apaciguado por nosotros, que somos lo que tenemos el poder de controlarlo. Y es que en él está la paz. A veces no es necesario expresar nada porque con un simple gesto todo se entiende y sabes si las cosas funcionan o no. Dicen que los

mejores momentos son esos que se viven en la juventud, ya que una vez que los pasas, y si éstos son malos, te pueden dejar heridas que no siempre cicatrizan. Algunas personas nunca se recuperan y otras sí.

“Soñé un día que me abrazaba y se iba. Pasó de largo, pero sentí su tacto. Fue de los mejores días de mi vida. Disfruté de un paseo, de una amistad, de una charla y de la libertad de poder hacer lo que quería. En el colegio..., siempre lo mismo, al lado de la rutina y del sistema, pasaban los días. Lo que más me molestaba era fallar a mis padres. Mi hermano, a pesar de su carácter y timidez, me cae bien. Seguro que le irán bien las cosas. Creo que el que no siente el amor es porque no lo desea, porque está ciego y no vive. Es como esa gente determinista que no quiere sentir las cosas. Ya sabes, les da miedo. Espero verle en el futuro, a ese chico de ojos claros y seguro de sí mismo”.

Javier se marchó sin decir nada a nadie. No le conocían y no tenía que dar explicaciones. La misa se celebró otro día en la Plaza de Manuel Becerra, pero él ya no estaba. Ese día se encontraba en clase con los chicos que no entendían las frases subordinadas. Soñaba todos los días con ella. ●

En memoria de Raquel, hija de Maribel y José

MARIA DEL PILAR ÁLVAREZ POLO
AMA DE CASA

MERCADO DE ARGÜELLES. MADRID

El Mercado de Argüelles está ubicado en el barrio madrileño del mismo nombre, en pleno centro de la ciudad. Fue inaugurado en 1949, tiene una superficie total de 2.700 m², de los que 1.800 m² son superficie comercial, repartida en dos plantas. Este mercado, denominado oficialmente Centro Comercial de Argüelles, va a ser remodelado ahora, a partir de un estudio previo ya realizado por MERCASA, que contempla actuaciones sobre el edificio y la oferta comercial de los 60 puestos de que dispone, así como la puesta en marcha de nuevos servicios a los consumidores (entrega a domicilio, mayor accesibilidad, servicio de atención al cliente, etc.).

